

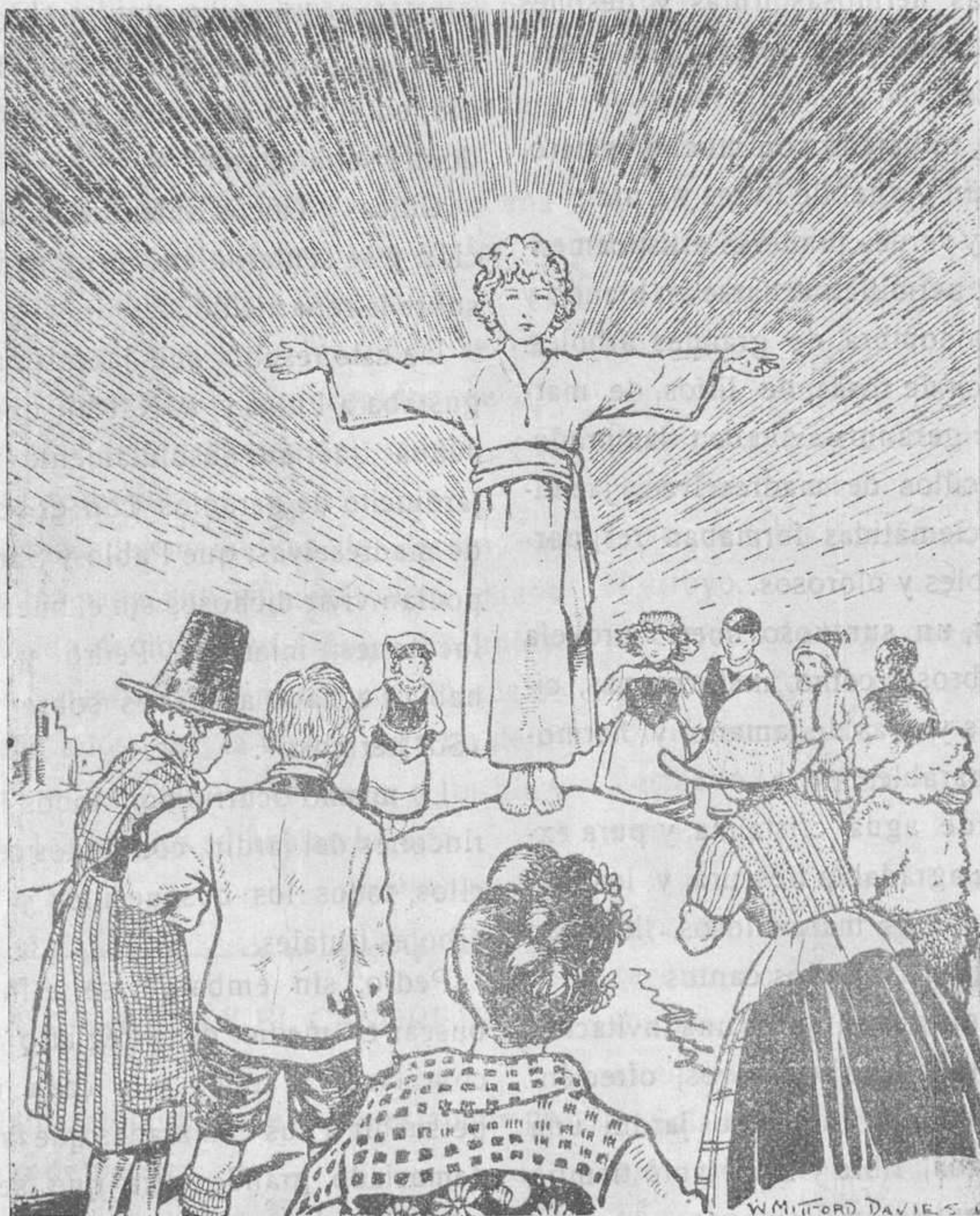
12/11

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 1 DE NOVIEMBRE DE 1931

NUM. 44



EL JARDIN ENCANTADO

EL JARDIN ENCANTADO

En un país de clima hermoso vivía un mago que amaba apasionadamente a los niños.

Poseía una finca e imaginó hacer de su propiedad un jardín delicioso, en el cual se abrirían en todas las estaciones del año las más bellas flores, donde madurarían las más hermosas frutas y después llevaría allí a los niños que apreciaba particularmente.

El jardín, trabajado con mucho esmero, fué pronto un vergel de flores y frutas.

Amplias y verdes praderas artísticamente cortadas; permitían echarse en blando y mullido a la sombra de grandes árboles.

Jardincitos de rosas, de lirios, de margaritas y de geránios avivaban las praderas; bosquecillos de madreselvas, jazmines, lilas y clemátidas formaban resguardos agradables y olorosos.

Más lejos, un suntuoso huerto proveía de frutas sabrosas como melocotones, ciruelas, peras y uvas de tamaño y hermosura incomparables.

Fuentes de agua cristalina y pura extendían una agradable frescura y los pájaros, de los más maravillosos, llenaban el jardín con sus variados cantos.

El mago dirigió entonces una invitación a unos veinte amiguitos suyos, ofreciéndoles vivir en este hermoso jardín una vida encantada, libre y feliz, tanto tiempo como ellos quisieran permanecer en él.

Los niños acudieron alegremente y tomaron posesión del jardín.

Al principio todo pasó muy bien. La finca inmensa ofrecía ilimitados encantos para los juegos, paseos y meriendas; la

exploración duró horas y horas. A los ojos enajenados de los niños se revelaban sin cesar nuevas maravillas.

Les parecía que su existencia entera no bastaría al descubrimiento de los bosquecillos maravillosos, de las grutas tapizadas de musgo y de los manantiales de dulce murmullo; su dicha parecía no tener fin.

¿Por qué el gran Pedro tuvo la idea de proponer el jugar a los propietarios, es decir, de proceder a la repartición del jardín, en el cual cada uno tuviera una parte donde sería el amo?

Chicas y chicos aplaudieron la proposición y se sentaron en corro para discutir sobre la repartición.

De esto resultó que la misma gruta le gustaba a Luisa y a Noemi; que María y Juana querían absolutamente poseer el jardincito de geránios con el bosquecillo de madreselvas; que Pablo y Santiago no podían vivir dichosos sin el huerto de melocotones; mientras, Pedro y Armando habían echado a suertes sobre la fuente «Sol hermoso».

Lo mismo ocurrió con todos los demás rincones del jardín, con todos los jardincitos, todos los bosquecillos y todos los árboles frutales.

Pedro, sin embargo, se esforzaba en buscar el medio de arreglarlo todo, de complacer a todos y a cada uno y de persuadir a sus camaradas que la finca era demasiado grande para que se pudiera hacer un reparto sin amarga discusión. Todo fué en vano. Cuando los unos y otros vieron que la armonía entre ellos era imposible, se apoderaron del rincón que habían elegido y pretendieron echar a todo intruso.

Los más débiles, juzgándose frustrados, se valieron de la trampa para introducirse en la propiedad de los más fuertes; éstos les echaron sin miramiento alguno.

Los primeros, para vengarse, arrancaron y pisaron las flores, bombardeando a sus rivales con manzanas, ciruelas y melocotones.

Durante largo rato no se oyó más que gritos de rabia y odio, locas carreras por los jardincitos.

Parecía que todos los niños estaban poseídos de una verdadera demencia.

De repente se hizo sentir a lo lejos una voz grave, que estalló como un clarín:

—¿Qué habéis hecho hijos míos?

Al son de aquella voz los niños se pararon bruscamente sobrecogidos de espanto y se dieron cuenta del crimen que habían cometido.

De todas las maravillas del jardín encantado nada subsistía; el suelo estaba sembrado de flores; los árboles sin frutos, éstos formaban una infame papilla que se pegaba a los pies; la fuente pura no dejaba correr más que agua sucia y turbia y todos los pájaros se habían fugado.

(Continuará).

LA GRULLA Y EL CANGREJO

Había en un bosque cierto estanque poblado de peces.

Una grulla vino a radicarse en la vecindad, y como era vieja, ideó la manera de procurarse comida sin fatiga.

Permanecía largas horas inmóvil, sobre una pata, junto al estanque.

Los peces la tomaron al principio por

una planta. Pero cuando vieron que era una grulla, el más viejo le preguntó:

—¿Por qué estáis tan pensativa, señora grulla?

—Pienso en vosotros, hijos míos. El estanque está secándose, y moriréis sin remedio.

—Nunca grulla alguna fué bondadosa con nosotros. Es un ave que sólo piensa en devorarnos.

—Yo estoy al término de mi vida, hijitos, y me dedico a la caridad. Seré vuestra salvadora. Al fin del bosque corre alegre un arroyuelo donde viviréis felices, sin temor a la sequía.

—¿Pero cómo podremos trasladarnos hasta él?

—Aquí estoy yo para ayudaros—dijo amablemente la grulla.—Uno a uno, iré llevando con mi pico a todos los peces del estanque y los depositaré con cuidado en el arroyo.

Después de largo conciliábulo los peces mandaron con la grulla al más viejo, que volvió encantado del arroyuelo, y entusiasmado apresuró el traslado de los otros.

Muchos viajes hizo la grulla, pero en lugar de llevar al agua a los incautos pecillos, como hizo con el primero, los iba devorando bajo una encina, donde quedaban montones de espinas.

Solamente quedaba un cangrejo en el estanque, y con apetito nunca satisfecho, la grulla se ofreció a llevarlo también al arroyuelo salvador, pero el crustáceo era desconfiado y habló así:

—Amiga grulla, acepto tu ofrecimiento, pero te será difícil llevarme en el pico, por lo cual me prenderé a tu cuello.

—A tu gusto, amigo—repuso la primera.—¡En marcha!

La grulla fué al arroyuelo para no despertar sospechas, pero el cangrejo había visto los despojos de los pobres peces devorados al pie de la encina.

En vez de inclinar su cuello el ave, para dejar caer su carga en el agua, dió media vuelta en dirección al árbol.. Pero el cangrejo, prevenido, cerró sus garras en el cuello de la traidora, que cayó exánime al borde del arroyo, mientras el avispa crustáceo de un salto se sumergía en la corriente.



UN NIÑO INOPORTUNO

Los chicos imprudentes y aturdidos son capaces de cualquier cosa, y sus atrevimientos de obra o de palabra traspasarán todos los límites.

Digo ésto porque todavía no he vuelto del asombro que me produjo el otro día, en casa de mi amigo D. Fermín, la frase de un chico que tiene, de doce años, muy guapo, eso sí, pero lo más botarate que os podéis figurar y holgazanote como pocos.

Había allí varios caballeros y Manolito, que como imprudente y atrevido, siempre se mete donde no le llaman, estaba en el despacho de su padre, sentado en una mecedora con una pierna sobre otra, todo lo cual demuestra que D. Fermín descuida un poco la educación del chico.

Hablaban de las cosas de la política y del Gobierno, cosas que no os interesan ni entendéis vosotros, ni Manolito tampoco; después recayó la conversación en la epidemia reinante, citándose varios nom-

bres de personas distinguidas que habían sucumbido en aquellos tristes días.

Y cuando todos lamentábamos el estrago de la epidemia, el bueno de Manolito, sin pensar lo que decía, y por el vicio que tiene de meter su cucharada en toda conversación, exclamó con un desparpajo insolente:

—Pues yo no tengo miedo al «trancazo», cuanto más dure mejor, porque así no hay colegio.

Todos nos quedamos estupefactos, y su padre corrido de vergüenza oyendo semejante salida, propia del aturdimiento y la ligereza de Manolito.

D. Fermín le miró airado y sin duda hubo de hacer un esfuerzo para contenerse y no darle un torniscón.

Manolito comprendió que había dicho una gran necedad y bajó la cabeza, y a poco, aprovechando la circunstancia de conversar de otros asuntos los amigos de su padre, se escurrió bonitamente.

Manolito debió reflexionar que cuantos le oíamos regocijarse porque no había colegio, habíamos de creer que era un holgazán, lo cual no honra a nadie, y sobre todo, desfavorece muchísimo a un niño que está en la edad de estudiar y aprender.



PENSAMIENTOS

Uno dijo que la memoria es privilegio de los tontos. No tendría memoria, pero dijo una tontería.

—
Cuando tienes un disgusto, si rabias, tendrás más disgusto.